

"LA GENTE DE MAR DE CHILOE EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX: UNA APROXIMACION A LOS ESTUDIOS DE HISTORIA MARITIMA DE CHILE".⁶⁸

Rodolfo Urbina Burgos



INTRODUCCION:

Nuestro objetivo no es otro que llamar la atención sobre la importancia y necesidad de intensificar los estudios sobre la "gente de mar" u "hombres de orilla", es decir, sobre los marinos espontáneos y anónimos de nuestros puertos y caletas, cuya vida cotidiana transcurre precisamente en relación permanente con la marina. Nuestro interés dista mucho, por lo tanto, de los tradicionales grandes temas de la Historia Marítima Nacional y mundial que han llamado y llaman -como es natural- mayor atención por parte de los historiadores, y dista también de los estudios relativos a los personajes históricos e instituciones marítimas relevantes. Por lo mismo, el modo de abordar investigaciones como la que proponemos requiere no sólo de una metodología diferente, sino de esfuerzos interdisciplinarios de historiadores, antropólogos y sociólogos.

68

Parte del Proyecto FONDECYT (Nº 1941204/94) titulado "Mar y Bordemar, Morada Vital de los Chilotes: Estudio de las relaciones del Isleño con su Entorno en los Siglos XVIII y XIX".

Mientras el estudio de las instituciones marítimas es posible gracias a las fuentes archivísticas existentes en los repositorios nacionales, el estudio de la "gente de mar" de formación espontánea y popular se dificulta por la carencia casi absoluta de documentos que den testimonio de las vivencias, y, sobre todo, criterios con que la gente de orilla se enfrenta a las contingencias diarias, a no ser impresiones generales, algún pasaje pintoresco o noticias periodísticas. Pensamos que ha sido la carencia de fuentes la que ha limitado los estudios como el que traemos para este simposium. Pero también sabemos que en los últimos años se ha despertado un cierto modesto interés por esta temática, como eco de investigaciones realizadas en Europa, sin que por ello se haya conseguido borrar la errada idea de que el estudio del marino espontáneo nada aporta a la Historia Marítima o a la Historia en general.

Quizá a eso se deba que las mayores contribuciones en este campo hayan sido las de los antropólogos. Carlos Munizaga, por ejemplo, ha estudiado diversos aspectos del goletero chilote de nuestros días, mientras que Rubén Azócar desde una perspectiva más literaria, pero certera, ha trabajado con éxito el tema del marino chalupero en su artículo "Chiloé, su mundo y su gente". Algunos avances se ven también en el campo de la historia de la carpintería de ribera, en tipos de embarcaciones menores, en astilleros artesanales, etc. Pero nada o muy poco sobre actitudes, mentalidades, estudios lingüísticos relativos al modo como los habitantes de los puertos y caletas se refieren a las cosas del mar; casi nada sobre los mitos, creencias, supersticiones, en fin, muy poco se ha adelantado en todo aquello que distingue al chileno del litoral respecto del urbano y del rural de tierra adentro. Creemos que hay todo un mundo por descubrir y que ofrece, naturalmente, varias dimensiones y cada una de ellas su propia dificultad. La idea es captar esa totalidad que es vivir en el mar o en el "bordemar", como dicen ahora los chilotes para referirse a la franja costera. Creemos que es necesario estimular a los alumnos que buscan temas para memorias de título en Historia, en Sociología, en Antropología e incluso en Literatura. Creemos también que los trabajos de seminarios con tesis podrían dar mucha luz sobre las variadas tipologías de "gente de mar" a lo largo de nuestro litoral. El pescador de Arica no es el mismo que el de Talcahuano, ni éste es igual al de Magallanes y todos ellos son distintos respecto del chilote. Un estudio sistemático y permanente, podría abrir una interesante veta hacia la comprensión de lo que podríamos llamar personajes históricos de base y con ello trazar más certeramente el perfil de Chile como país marítimo que es. Mis sugerencias apuntan a estudiar:

- a. El fletero de los puertos. Generalmente agrupado en sindicatos y con una organización específica. Mantienen libros de actas que reflejan sus quehaceres. Estos libros son fuentes de primera importancia para el historiador. El fletero podrá ser descubierto en su doble dimensión de hombre que vive del flete costero, pero que es urbano en su vida cotidiana.
 - b. El pescador de puertos y caletas. También sindicalizado y agrupado en torno a intereses comunes. Normalmente conserva sus libros de actas por lo que es posible rastrear su historia, al menos en el caso de los puertos. Lo más atractivo es, quizás, el pescador de caletas aisladas, hombres sin organización o agrupaciones muy elementales, pescadores individuales o recolectores de mariscos desde Arica a Tierra del Fuego, sin libros de actas ni testimonios escritos que puedan permitir historiar su existencia. Es aquí donde cobra importancia la historia oral.
 - c. El "hombre de mar" de Chiloé, cuyas tipologías son más variadas que lo que a simple vista parece y que ha hecho su vida en la playa y en las islas de su Mar Interior. Marino individualista que sólo se une con otros cuando la necesidad lo exige, como en la "minga", es casi del todo disímil del pescador-caletero de otros puntos del país. La falta de fuentes para reconstruir su vida obligan a acudir también a la historia oral.
 - d. El "lobero" y "ballenero", chilote también, o de raigambre chilota, que se vale de los mismos aparejos marinos que en Chiloé, pero que sale hacia las fronteras del Archipiélago y se adentra en las latitudes australes desde el siglo XIX hasta mediados del XX. Es un hombre que navega en grupos o sirve individualmente a empresarios con asiento en Ancud en la segunda mitad del siglo XIX y en Punta Arenas a principios del siglo XX.
 - e. El "chalupero" cazador de nutrias y coipos, y el "chalupero-gatero" que se aventura también en grupos pequeños por los canales australes. Más que un simple marino se parece a los antiguos navegantes o andariegos del mar. Pasa la invernada en Chiloé, pero en verano siente añoranza por el movimiento como un atavismo. Nuevamente es necesaria aquí la historia oral.
-

Y, así como se está redescubriendo el mundo rural, antes mirado como algo intrascendente o "patio trasero" de Chile, así también es preciso redescubrir el mundo marítimo con sus tonalidades, con sus estilos, con sus hombres "hechos a los aires del mar" y sus modos de relacionarse con el entorno. Quizá sea lo que falta a la cultura nacional para dar cuenta en sí misma. Por estas venas de lo rural y lo marítimo corre la identidad de los pueblos, mucho más que en la vida cosmopolita de nuestras grandes ciudades de estilo más europeo que americano y más propias de los "riñones de la tierra" que del litoral que, sin embargo, nos baña a lo largo de 4.000 kilómetros.

En un rincón meridional de este litoral, allí donde comienza la Región de los Canales, se ha formado una original cultura que ya lleva más de 400 años de historia en las cosas del mar. Ese es el Archipiélago de Chiloé.

1. La cultura chilena muestra ciertas peculiaridades regionales con rasgos diferenciados y perfectamente reconocibles, como una "cultura minera", una "cultura agraria" o una "cultura marítima". En efecto, admitiendo que la cultura chilena es una de las más homogéneas de Nuestra América y, admitiendo también, que tal homogeneidad es perceptible con más nitidez en los núcleos urbanos desde Arica a Punta Arenas, no es menos evidente que las áreas interiores rurales se diferencian entre sí aportando el colorido y los ritmos vitales locales al rostro nacional, no sólo por la impronta de los distintos marcos geográficos con sus diferencias de paisaje, sino por los usos y costumbres asociados a ellos. Es en los interiores -tan poco valorados hasta mediados de este siglo- donde se descubren peculiares modos de concebir el entorno y originales creaciones de vínculos con la naturaleza. Es precisamente en esa relación donde se puede advertir, y también explicar, qué distingue, por ejemplo, a un antofagastino de tierra adentro, de un chilote en su "maritorio", como dicen los isleños para referirse a su medio-archipiélago.
2. No se trata de culturas diferentes, ni de minorías étnico-culturales alojadas dentro de una realidad mayor -que en Chile las hay, por supuesto- sino de matices culturales que enriquecen el conjunto y donde el basamento material cumple un rol decisivo. La configuración geográfica del territorio nacional es la primera novedad digna de destacar. El país se prolonga largamente de norte a sur, y puede exhibir, por lo

mismo, una variada sucesión de franjas horizontales diferentes en clima, paisaje y recursos naturales, desde las latitudes bajas a las latitudes altas, desde el cobrizo desierto al verde austro, entétesis de la monotonía paisajística de los países dispuestos de oriente a poniente. Mirada nuestra cultura nacional a partir de la geografía, resulta sencillo comprender por qué han nacido estilos de relacionarse con el medio, y por qué se puede hablar de "cultura del minero" en el Norte Grande, de "cultura del huaso" en Chile Central o de "cultura del goletero" en Chiloé. Esta distinción supone, sin embargo, una mirada a grandes rasgos, porque si acercamos la vista descubriremos otras franjas no siempre horizontales y con sutiles diferencias en las costumbres de su gente. ¿Acaso no es posible distinguir una cultura maulina costera, o una cultura colchaguina del "costino"? La primera perceptible en el siglo XVIII, la segunda en el XIX. Por eso Mariano Latorre ha llamado con mucho acierto "Chile, país de rincones".

3. Matices, desde luego, que en nada alteran la imagen de homogeneidad que ofrece la cultura chilena en su conjunto. Sólo que el caso de Chiloé representa algo más que un matiz. La enclaustrada existencia de aquella sociedad y la periférica situación geográfica del Archipiélago -que los propios chilotos del siglo XVIII, recurriendo como siempre al lenguaje marino llamaban "la popa del mundo" -nos ayudan a comprender por qué en el siglo XVII era considerada como una "cuasi nación en la región non plus ultra de América", como la define el jesuita Alonso Ovalle. Nació en el siglo XVI junto con el "Chile Histórico", base de la nacionalidad, mucho antes por lo tanto, que la incorporación del Norte Grande, que la Pacificación de la Araucanía o que el poblamiento de los territorios australes. Algo más que el matiz cultural porque entre 1768 y 1826 no perteneció ni política, ni administrativa, ni jurídicamente a Chile, sino al virreinato de Lima con la que mantuvo el único contacto regular durante el Período Indiano y, por lo mismo, se fue haciendo en lo cultural progresivamente desemejante respecto de la realidad chilena. Por otra parte, el mestizaje tuvo en el Archipiélago características distintas que en Chile Central o Norte Chico, mientras que la densidad de población española e india fueron factores que, unidos al aislamiento después de la rebelión general de 1598, hicieron de la sociedad y cultura del conquistador un "mundo residual" y progresivamente arcaico en relación con el núcleo histórico. La estrecha relación

con el indio veliche en abiertos, fluidos y permanentes intercambios culturales dio origen a un tipo de mestizo sui-géneris dentro del contexto nacional. Del indio aprendió el español y heredó el mestizo, el modo de concebir su territorio; el modo de asentarse en la franja bordemarina; el modo de moverse en su Mar Interior con la "dalca" que el español hizo suya, como suyo hizo el "curanto" en la dieta cotidiana.

4. En los siglos XVI y XVII se hablaba de "chiloano" para referirse al indio y distinguirlo de los "españoles de Chilhué" o "españoles de Castro". En el siglo XVIII eran genéricamente "chiloenses". Por entonces se había conseguido una síntesis cultural que a fines del mismo siglo se conocía como "lo chilote", término con tinte peyorativo, usado primero por los continentales urbanos de Chile y sinónimo de marino rústico y espontáneo. En efecto, la vida cotidiana estaba íntimamente asociada a las cosas del mar; la cultura marítima era ya tradicional, era práctica existencial con formas de vida o expectativas de vida en relación con la marina. El chilote era en el siglo XVIII un hombre connaturalizado con su entorno y lo entendía como su patrimonio natural y cultural, al tiempo que mostraba un sentido de identidad con su medio-archipiélago, con su Mar Interior que era su "morada vital" desde Calbuco hasta Gailín.

5. En la segunda mitad del siglo XVI se había formado en Chiloé un hombre con vocación por la orilla, por el "bordemar", al hacer de la playa y el piélago el ámbito de sus quehaceres y sustento cotidianos. A fines del siglo XVIII, el chilote era reconocido en todo el reino de Chile y en el Perú como experimentado marino. Navegaba en "dalcas" por el litoral chileno, y en galeotas y falúas que él mismo construía y los indios calbucanos se aventuraban en "dalcas" hasta El Callao, proeza notable por entonces. El chilote servía de marino en los navíos de comercio de armadores peruanos hasta Panamá, mientras en su Mar Interior aprendía a dominar los secretos de ese su "Mediterráneo", trazando rutas precisas a partir de un acabado conocimiento de las pulsaciones de aquel ponto, su "cai-cai" en eterno movimiento de mareas y corrientes; mar vivo que el chilote explicaba ya en el siglo XVII a través de una rica y complicada mitología. Y, así daba razón de su entorno usando un lenguaje sorprendente de palabras hispano-veliches relativas al mar.

Se formó coetáneamente el chilote y el huaso. Y algo de huaso tiene el chilote, sólo que el mar ha sido su valle; la "dalca" o la goleta, su caballo; las islas, sus refugios; los canales, sus senderos o caminos; las nubes con sus formas y colores, el lenguaje atmosférico que le comunica los ritmos diarios y estacionales del tiempo; los remos han sido lo que los rebenques para el jinete; las torres de las capillas siguen siendo los hitos referenciales en sus desplazamientos y la medida de sus tiempos y jornadas; las mareas, los ciclos vitales del "bordemar". En el mar nace en la creciente y en el mar muere, con la variante llevado quizás, por el Caleuche. Con su mundo geográfico dialoga a través de los mil signos que sabe captar del mar, del cielo, del bosque, signos de herencia chona-veliche, sus antecesores que poblaron los mares, golfos y ensenadas con "pincoyas", "cai-cai vilus" y "cahuelches". No hace mucho que el chilote todavía se acercaba a la playa a la recolección de mariscos usando el mágico rito del "treputo", tal como los veliches de antaño, y aún se vale de las viejas oraciones y palabras sacras a San Pedro o a San Francisco conservadas por el hombre de mar de profunda fe religiosa cada vez que cruza el canal que brama con la vaciante o cuando se enfrenta al golfo enfurecido con el surazo o cuando lo sorprende el travesía en el Corcovado, camino de las Guaitecas.

6. Pero, este marino es también agricultor en una perfecta simbiosis tierra-mar que, quizá se exprese mejor en el lenguaje cotidiano. Es posible que el chilote utilice más palabras relativas al mar y bordemar que cualquier otro pueblo, testimoniando así la abrumadora presencia viva de su entorno, comparable, en cierto modo, a la riqueza lingüística del gaucho del siglo XIX para referirse al paisaje de la Pampa, a su caballo y a sus aperos, como recogieron en su tiempo Sarmiento en su "Facundo" o José Hernández en su "Martín Fierro". El lenguaje corriente del chilote se oye por las tardes junto al fogón y es el más elocuente testimonio de un pueblo que vive en el mar, lenguaje asociado a un modo de vida recogido en los aportes literarios de Antonio Cárdenas Tabies en sus "Usos y costumbres de Chiloé", Nicasio Tangol en su "Huipampa" o Rubén Azócar en su "Gente en la Isla" que es como una pintura de la vida cotidiana de Chonchi. Se aprecia entonces que el mar no es para los chilotes un paisaje subjetivo o algo ajeno u ocasional, sino realidad experimentada o vivida

diariamente. Por lo mismo, descubrimos que no se asombra frente al mar como se asombra y le teme el hombre de tierra adentro, ni se acerca a la playa sólo en verano, sino que viven en el Mar Interior y en las orilla connaturalizado con su pluvioso acuarius demostrando sabiduría y pericia, soltura y movilidad cuando navega en demanda de los recursos, pero sabiendo establecer un equilibrado diálogo con un medio que no quiere forzar ni destruir. Ama su mar porque es su sustento y su camino; conoce su riqueza de peces y mariscos y sabe cómo aprovecharla, así como aprovecha la "lamilla", porque tiene conciencia de los ritmos productivos. Todo el mar está integrado al pensamiento económico de los isleños.

7. Obviamente, no nos estamos refiriendo al marino profesional formado en la Escuela de Pilotines de Ancud a fines del siglo XIX, ni a los marinos chilotes de alta mar que desde el siglo XIX vienen nutriendo nuestra Armada Nacional y Marina Mercante, ni estamos aludiendo a hombres de la talla del Almirante Galvarino Riveros Cárdenas, ni al marino de academias, ni al intelectual de las cosas del mar, ni a los Andrade, ni a los Barrientos, ni a los Bahamonde. Al hablar del chilote marino estamos pensando en el espontáneo, rústico, pero original "dalquero" del siglo XVIII, o el goletero o chalupero de los siglos XIX y XX, marinos con apellidos de resonancias telúricas, como los Cheuquepil, los Cuyul o como los Paillamán que hasta ayer usaban la vela y la estima para sus desplazamientos, ese hombre que nos parece tan humilde en tierra, pero que adquiere estatura de señor en los canales chilotes y laberintos australes. Y, en su mundo, desde el Seno de Reloncaví hasta Melinka, este chilote de las islas menores, vive la vieja cultura del Chiloé histórico, aunque unos hayan pasado a pertenecer a Llanquihue y otros a Aysén por los caprichos de las antojadizas divisiones político-administrativas. Dentro del Archipiélago parece idéntico, pero mirando más detenidamente se aprecian tipologías. No es lo mismo ser de Chauques que ser de Chauñec, de Lemuy o de Imerquiña. Tampoco es lo mismo el "guaitequero", el "iobero", el "tablero" o el "cholguero", pues sus diferencias asoman al adentrarse en sus modos de vida, aunque todos presentan ciertas características comunes que constituyen lo esencial de la cultura marítima chilota. El sustento cotidiano, por ejemplo, es mixto de tierra y mar, común a la Provincia: papas, carnes y pescados y mariscos, una trilogía dietética repetida una y otra

vez. Las huertas y almácigos se combinan armoniosamente con los "corrales" de pesca, curiosos enrejados de playa que hasta los años cincuenta eran una peculiaridad chilota, al parecer, de raigambre gallega-veliche, hoy desaparecidos. Mar-bordemar. He ahí la originalidad de un modo de vida. Casa, huerta, bosquecillo, playa, mar. Ese es el esquema. Agricultor, hachero, marino, triple dimensión del quehacer chilote. Combinaciones que quizá se veían sólo en las rías gallegas del siglo XVI. La casa insular resume muy bien esa vida mixta de agricultor, hachero y marino. Una puerta conduce al interior, al campo, al bosque, al mundo del "trauco", y la otra, lleva al exterior, al mar, al mundo de la "pincoya". Una puerta se abre al ciclo del trabajo agrícola-ganadero-forestal, y la otra, a la actividad marina. Ambas dimensiones de la vida cotidiana estaban muy presentes hasta mediados de este siglo.

8. Pero, esta casa de orilla se prolonga hacia el mar a través del lanchón, goleta o chalupón. El chalupón es, tal vez, la más humilde de las embarcaciones isleñas. Es, en verdad, una casa móvil, casa que navega, porque cuando zarpa al mando del **"patrón"** o **"interesado"** -como se le llama también- lo hace con toda la familia. Rubén Azócar describe el chalupón como "una embarcación de unas 12 varas de eslora, unas cuatro de manga, una y media de puntal, aparejada con mayor y trinquetilla". En ella se mueve el isleño a la pesca o a la recolección de mariscos o algún paraje cercano, o a las Guaitecas o al Archipiélago de los Chonos. Cuando el chalupero se dirige a lugares distantes, lleva de todo en su casa móvil y alimentos suficientes para semanas y aún meses de ausencia: harina, azúcar, café de higo, unas cuantas "chucas" de chicha fuerte, el infaltable aguardiente para matar el frío, manteca para las "fritangas", paquetes de velas, quizá un par de jamones ahumados, tabaco y papel para el "fullingue", parafina para el farol. Y la escopeta y la pólvora, porque el marisqueo se combina con la caza del "huillín". En la parte delantera del chalupón se acomodan los alimentos y utensilios; luego se reserva un espacio para el fogón de madera, o artesa rectangular, con arena suficiente y que recuerda el fogón de las naves españolas del siglo XVI. El resto del espacio se destina para bodega donde se pondrán los productos recolectados, como cholgas, choros, picorocos. Hacia la popa, las camas a modo de esterillas de cuero de oveja. Pero sigamos a Rubén Azócar: "Ni brújulas, ni carta de

marear, ni nada, aparte del conocimiento o la intuición. Y el mar -la mar de nuestro hablar- con su espejismo de fortuna al otro lado del Canal de Moraleda, en donde esperan dos o más meses de soledad y distancia entre lluvias y ventolinas cumpliendo afanoso trabajo: llegar y elegir puerto, levantar el cuartel de pesca". En efecto, se instala en el lugar más a propósito, y si no hay una ramada levantada por otros cholgueros, construye un improvisado ranchito como el de los antiguos **"tableros"**. A esto le llama **"cuartel"**, modesto refugio hecho de cuatro palos hincados en la tierra y un enrejado de **"quincha"**. En su interior, el infaltable fogón donde pasa la noche, o el día cuando debe acampar la lluvia. Junto a la ramada, el hoyo para el curanto, mientras el chalupón descansa recostado sobre la playa pedregosa. El hombre y los hijos marisquean entre la vaciante y la creciente. Lo recolectado se cuece en el **"curanto"** y los chicos -a veces sus sobrinos- preparan las hebras de **"quila"** o simples junquillos para hacer las **"sartas"** para, una vez cocido el mariscal, ensartar las cholgas para formar una **"quicha"** y con doce quichas hacer un **"paquete"**. En dos meses puede hacer hasta 2.000 **"sartas"**. Después, el regreso a casa y desde allí a Castro a sus ventas silenciosas durante dos o tres días en la Feria del Mar de La Playa donde hallará otros chaluperos, quizá **"conciencias"**, con quienes compartirá la amable conversa del atardecer sobre la cubierta de alguna embarcación, fumando, bebiendo y comentando las cosas del mar y de las islas. En estas conversaciones del crepúsculo, junto al fogón y bajo el velamen dispuesto en forma de carpa, se entremezcla la realidad y la fantasía, aflora el mundo de los signos y de las creencias con las que va asociada la cultura del mar.

9. Eran las escenas más cotidianas de Castro de los años cincuenta, cuando el chalupero y su casa móvil eran realidades vivas, así como vivas sus creencias. Eran tiempos en que se conocía el arte de provocar el viento quemando cochayuyo, aunque la quema de dicho "huiró" no era el único artificio para llamar la brisa. Cada pueblo, isla o paraje tenía -más que hoy- su particular modo de hacerlo, quizá como reminiscencia de viejos pactos chonos o veliches con los dioses de la naturaleza. Golpear el mar con la botavara o apalear el mástil de la embarcación, como acostumbraban en Chadmo, o dar golpes de palo al timón, como practicaban los de Chulín, resultaba siempre afectivo. Despertado el viento preciso para

el velamen, el chalupón se hacía a la mar. Por entonces, cualquier isleño sabía que no era aconsejable leer a bordo, porque la lectura es causa de súbitas calmas, calmas que, sin embargo, se evitaban gritando moderadamente. Así se conseguía mantener la brisa. Pero si se exageraba el griterío y se hacía demasiado prolongado, se desencadenaba la tempestad, como aseguraban los de Putique. No obstante, la tormenta podía deberse también a la presencia de cardúmenes de **"cahueles"** que, haciendo sus conjuros, seguían a la embarcación, como creen los de Palquí, mientras los de Chaulinec lo achacan a alguna abeja que vuela brevemente tras la goleta. Una oración a San Francisco se consideraba suficiente -como aún lo es- para aplacar la furia del temporal cuando se presenta de travesía.

Se movía el isleño de los años cincuenta desplazándose con el chalupón por veredas de su Mar Interior haciendo curiosos movimientos para aprovechar con su tradicional destreza la caprichosa dirección de las corrientes que siguen -como antaño- precipitándose en rápidas vaciantes. Atentos los ojos del marino al jugar de las **"toninas"** que gustan nadar tras la embarcación anunciando cambios de viento. El isleño sabía descubrir en la tierra, en el mar y en el cielo, el lenguaje de la naturaleza. Si la gaviota se posaba sobre la proa o el mástil del chalupón en movimiento, señal clara era de naufragio, como aseguraban los de Putique. Todo un sistema de creencias, mitos y supersticiones en el corto recinto de la cubierta, creencias que condicionaban la navegación con mil augurios, vaticinios y presagios en aquel sorprendente mundo insular donde tenía -más que hoy- su centro el misterioso lenguaje de los signos. Quien no sabe interpretarlos, nada sabe, dicen en Huildad. Y, de repente, la atmósfera pesada con su caravana de nubes oscuras y contrarios vientos que surgen de súbito produciendo pavorosos truenos, más fuertes y prolongados cuando el diablo pelea con su mujer, como creen en Chulín. Entonces es forzoso buscar una abrigada ensenada para acampar el tiempo necesario.

En el mundo de los signos, las aves marinas pronosticaban con exactitud lo que iba a suceder. El cuervo con las alas abiertas anunciaba calmas, aseguraban los de Curaco de Vélez. Pero, si las aves volaban muy de prisa del mar a la tierra, seguro era el mal tiempo, como decían en Quenac. Para los de Cheniao, en cambio, el temporal era anunciado por las golondrinas y los **"guarros"**, así como por los zarapitos y las gaviotas.

Precisamente los "guarros" volando en círculos llamaban la tormenta en Castro, y los tiuques revolcándose en la tierra anunciaban lo mismo en Lemuy. Y, al revés, las bandurrias eran anunciadoras de buen tiempo, creencia general en casi todos los pueblos, pero muy particularmente en las islas Chauques. Los hombres de mar de Lin-Lin interpretaban que las neblinas de marzo se debían al aliento de los tripulantes del Caleuche. Por eso, si la neblina caía al momento de estar mariscando, era aconsejable suspender la recolección por ser inequívoco signo de andar rondando la **"nave de arte"** que, no obstante, no se dejaba ver fácilmente, excepto como lobos, "cahuelos" y aún rocas, que eran otras tantas formas que tomaba aquella misteriosa nave de la **"Ciudad de los Césares"**. Cuando el barco fantasma aparecía en medio de la neblina, el chalupero debía echarse una champa a la boca si pretendía verlo sin ser delatado por su aliento, y si estaba en tierra, correr a esconderse detrás de una mata de maqui. Para disipar la neblina era preciso sacudir un cuero, como decían los de Meulín.

El navegante iba atento a los vientos, pero también a las corrientes, a los estrechos o canales, a los bajíos y a los **"cachones"** de las olas, a las pleamares y bajamares, y sobre todo, a los signos del cielo, como el arcoíris que para los de Quinchao pronostica cielos despejados, del mismo modo como el sol rojo del atardecer. Téngalo presente el chalupero que ha de zarpar a Cailín, pues tendrá noche limpia y serena, tanto que podrá apreciar la magestuosa belleza del **"Río Jordán"**, como todavía llaman los chilotes a la Vía Láctea. Pero, las estrellas corredoras pronostican lo que va a suceder. Por el lado que corran estará el destino del navegante, como aseguraban en Autení, mientras la luna acompañada de una estrella anunciaba casamiento en el pueblo. El cielo despejado era para el chilote el otro mar o el otro río de estrellas que, sin embargo, no había que intentar contarlas porque la persona quedaba lesa o le salían verrugas, como aseguraban en Quenac. El titilar de las estrellas, pronóstico era de temblor de tierra, aunque lo regular era que las estrellas voladoras anunciaran cosas positivas. Entonces se pedían deseos, porque, seguro, se cumplirían.

El viento ha sido inseparable del chilote marino. Los veleros del Mar Interior no hubieran tenido sentido sin la brisa provocada por el dios de las latitudes australes, de ancho rostro hecho de

cúmulus-nimbus y de comportamiento humano: tranquilo o violento, alegre o irritado. Solía descansar de su continuo ajetreo reposando en las alturas de Piuchué o dormía recostado en el Mar Bravo, como llamaban los chilotes de la Colonia al Océano Pacífico. Pero, con los chilotes nunca ha tenido un comportamiento equilibrado. Puede pasar, de súbito, de un estado a otro, aunque es más regular sentirlo soplar norteando. Cuando se irrita lo hace con travesía, extrema agresividad causante de los mayores destrozos. El chilote conoce muy bien su carácter y se acomoda a él. Cuando el dios del viento se echaba a dormir, el chalupero de los años cincuenta recostaba también su chalupón sobre la playa de huevillos. Si había que despertarlo, tenía que ser sin irritarlo, como se aconsejaba en Apiao, Detico o Linao. Entonces, con viento a propósito, zarpaba el marino con sus hijos a la faena de la cholga, pero sabía también que los neófitos en la navegación sufrían de mareos, así como conocía que para neutralizar el mareo no había remedio más eficaz que beber agua con raspadura de quilla, como aseguran todavía algunos viejos marinos castreños, o raspadura de ancla con agua de mar, como practicaban los calbucanos.

Goletas, chalupones, lanchones, todo un maderamen acuático construido por los isleños con técnicas inmemoriales. En cualquier punto del bordemar, junto al pueblo o aldea, se podían apreciar los esqueletos de las embarcaciones en construcción, como aún se aprecian en San Juan, posados sobre la playa. Mientras iban tomando forma, prohibido estaba a las mujeres acercarse a la obra, porque la embarcación podía salir mal, como decían en Achao. Las mujeres a sus faenas de cocina o de la huerta; los hombres a las suyas en el mar y bordemar. En el mundo de los signos y de los agüeros y pronósticos, las mujeres eran vistas como malos presagios cuando intervenían en cosas de hombres. La presencia de mujeres curiosas y noveleras era, desde luego, nefasta. El crujido de la embarcación recién botada se debía a ellas, como aseguraban en Matao. Sin embargo, el mal agüero mujeril se neutralizaba llevando a bordo una pareja de novios. Popular sabiduría insular que viene desde el fondo de los tiempos.

Como hemos dicho, el chalupero cargaba los alimentos necesarios para los días de ausencia, casi las mismas meriendas que en los siglos coloniales. Las mujeres preparaban en casa la harina tostada para que su hombre haga el **"ulpo"**. Pero, en esto había también signos. Si la tuesta salía bien,

bueno sería el viaje, en cambio, si se quemaba, había que interpretarlo como presagio funesto. Lo mismo se entendía cuando se quemaba el pan para el viaje, o salía crudo. Sin embargo, mucho más terrible presagio era cuando en vísperas del zarpe y sin previo aviso, llegaban mujeres de visita. Y así, con todo un mundo de signos y creencias, salía el isleño a la pesca, seguro de hallar abundancia si el año anterior había sufrido la plaga de orugas en sus huertas, como creían en Quenac. Sólo había que respetar ciertos días, como el Viernes Santo. Hacerlo ese día era tenido por grave ofensa a Dios, y mucho más si comía pescado el mismo día, porque, además de la sangre, el pez tiene en sus escamas retratada la imagen de la Virgen, como creían los sanjuaninos. En cualquier otro día buena pesca había de hacerse si en el camino a la playa el pescador se encontraba con bueyes, como creían en Matao. Lo contrario sucedía si el pescador comía cebollas antes de embarcarse, como decían los de San Javier, o si llevaba dinero en los bolsillos, como creían en Palqui. Para asegurarse una buena pesca los hombres se hacían golpear suavemente las espaldas con ramas de laurel antes de salir, como se usaba en Quinchao. Buena pesca se aseguraba también si se tenía cuidado de perfumar la lienza o jabonar o apalear la red con las mismas ramas de laurel, ramitas milagrosas que los chilotes asocian todavía a las cosas de la fe cristiana. El primer pescado se dedicaba, obviamente, a San Antonio devolviéndolo al mar para asegurar una buena recolección. Pero, nada se conseguía, o muy poco, si llevaba una mujer a bordo, como advertían los chonchinos, y menos, si el pescador se subía al chalupón con el pie izquierdo, lo que, además, era anuncio funesto, como creían los dalcahuinos.

La marisquería tenía sus propias reglas y se guiaba por los mismos signos. Cuando la pesca era abundante pagaban los de Quenac una moneda a la **"Pincoya"** dejándolas ocultas en alguna roca. Sin embargo, antes de mariscar había que llamar la abundancia cumpliendo con el rito del **"treputo"**, es decir, golpear con ramas la resaca. A veces se consideraba suficiente tirar piedras al mar para que abundaran las cholgas. Pero, tal como en la pesca, no se debía mariscar navajuelas en Viernes Santo por tener la lengua en forma de cruz. Lo más corriente era creer que la abundancia de mariscos en determinados bancos se debía al paso de la Pincoya, como dicen los de Llingua. No obstante, todo chalupero-cholguero sabía que sacar mariscos en exceso provocaba el enojo de la

Sirena y desaparecía el recurso, como sentenciaban los de San Juan. Mucho peor era ver a la **Pincoya**, porque se entendía como señal de corta vida, a menos que le tirara una peineta, como creían los de Calén.

10. Pero, el chalupón y el chalupero-marisquero con su vida de navegante autosuficiente e independiente, vida precaria, elemental y rústica, pero pintoresca, casi ha dejado de existir. Y es que esta **"cultura de la vela"** en que todos los elementos de lo cotidiano se complementan armoniosamente, incluso en las esferas de lo real y de lo mágico, comenzó a trizarse en los años sesenta cuando la Carretera Panamericana penetró en Chiloé revertebrando la Isla Grande con inéditos caminos de tierra adentro, y con la aparición de la **"góndola"**, como llamaron los chilotes a los primeros microbuses. Y así como la Isla Grande se vio comprometida con una nueva forma de moverse, en el mundo de las islas del Mar Interior irrumpía también el motor. La **"cultura del velamen"** entraba en su ocaso, y el puerto de Castro, otrora paradero de veleros cedía, como cedía también Angelmó, ante la poderosa entrada de los nuevos tiempos. En la segunda mitad de los sesenta ya no era parte del paisaje portuario de Castro la antes cotidiana presencia de lanchones, goletas y chalupones con sus blancos velámenes y sus negros cascos alquitranados recostados sobre el limo de La Playa. La Modernidad -irresistible atractivo de nuestros tiempos- está desestructurando un modo de vida que hasta principios de los sesenta se había vivido a intramuros entre el Canal de Chacao y el Golfo de Guafo. El ocaso de un mundo marino en su estilo tradicional parece testimoniarse en los pocos goleteros que aún se aferran a los restos del pasado, cuando cada verano participan en pintorescas regatas o raids por los canales chilotes, como los últimos representantes de la fenecida **"cultura del velamen"**.

